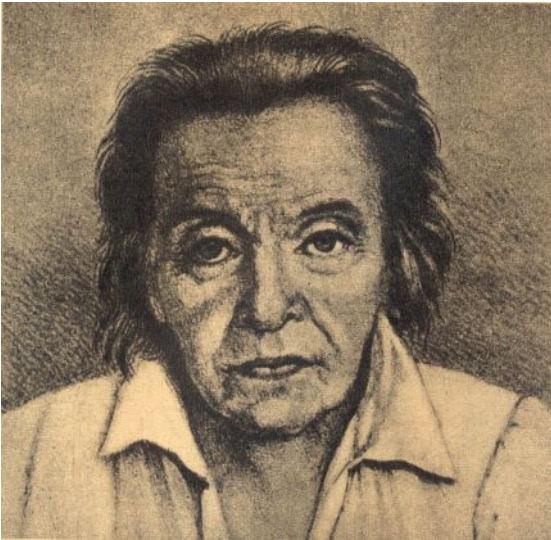


Este texto de María de Maeztu ha sido recopilado por la investigadora
Angeles de Dios Altuna en el diario bonaerense *La Prensa* (1947)

PESTALOZZI: EL FRACASADO GENIAL

Por MARÍA DE MAEZTU



*Retrato de Pestalozzi existente en el museo que
lleva su nombre, en Zürich*

HEMOS celebrado en Buenos Aires en el año de gracia 1946, el segundo centenario del nacimiento de Juan Enrique Pestalozzi. Todos los conferenciantes que tomaron parte en el homenaje convinieron en afirmar que Pestalozzi es la más alta figura de la pedagogía europea contemporánea. Que yo sepa no ha habido a este respecto diversidad de pareceres; no ha habido más que una sola opinión, un solo criterio unánime. Muy levemente me he permitido yo disentir en cuanto a la interpretación filosófica que hizo de este personaje romántico el neokantismo alemán.

Pero es llegada la hora de entrar a fondo en este tema tan sugestivo. Si los problemas que movieron su pluma han sido rebasados, es evidente que su doctrina deja de interesarnos y no

tiene para nosotros el más mínimo atractivo. Un escritor sólo continúa viviendo cuando sus preocupaciones, sus inquietudes, siguen siendo las nuestras. ¿Es éste el caso de Pestalozzi? El mejor homenaje que se puede tributar a su memoria es tratar de definir y precisar cómo y hasta dónde ha influido en los maestros jóvenes que hoy realizan sus tareas en la escuela pública nacional. Un centenario es una coyuntura adecuada para meditar sobre el valor y la vitalidad que siguen teniendo las ideas que, con más o menos energía, han actuado en este período de tiempo.

La pregunta que tendríamos que formularnos sería la siguiente: ¿Cómo y en qué medida ha gravitado Pestalozzi sobre nuestras tareas escolares?

Vaya por delante mi respuesta que no es otra que la que me dicta mi experiencia personal: Aunque parezca extraño, lo que influyó más en mí, lo que dejó sobre mi espíritu una impronta imborrable, no fue el contenido de su doctrina, ni la eficacia de su método, ni sus principios más o menos sistemáticos ex puestos por Natorp; en suma, no fué el éxito que sus ideas han alcanzado en el camino de estos dos siglos, sino todo lo contrario: su fracaso, su genial manera de fracasar.

Yo comencé mi labor en la vida en una escuela pública nacional en la calle de las Cortes, de Bilbao. Era un antiguo teatro, un espacio de una sola pieza, que a mí me parecía kilométrica, con palcos y proscenios en la periferia, con una sola maestra, que se decía auxiliar, y con doscientos niños sentados en sillas y en pupitres que armaban una algarabía físicamente insoportable. ¿Qué hacer? ¿Por dónde empezar? Mi fracaso era inevitable; inevitable para mí que sin cumplir los veinte años y con unas cuantas ideas filosóficas en la cabeza, mal ajustadas al razonamiento didáctico, pretendía nada menos que

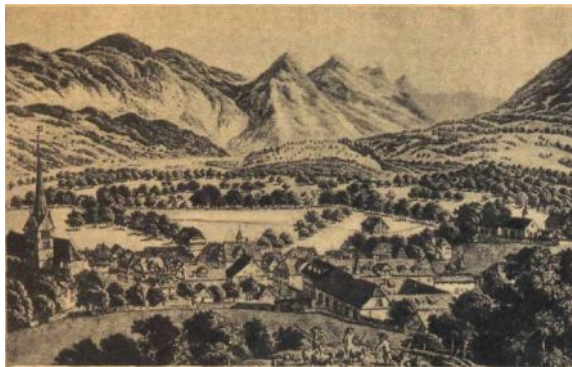
reformular la enseñanza en España, creando una escuela nueva.

En los exámenes de fin de curso la junta local tomó el acuerdo de enviar me un voto de censura con la recomendación de que me dedicase a otras tareas, pues Dios no me había llamado por ese camino. En tiempos normales hubiera acatado el mandato, pero corrían en el ambiente de la calle aires de fronda y pretendíamos los españoles jóvenes, siguiendo a los hombres del 98— Unamuno, Azorín, Baroja, Maeztu —, construir con los trozos de la España rota otra España nueva y mejor. El fracaso de los gobernantes insensatos, o simplemente románticos, nos servía de punto de partida para comenzar el nuevo edificio. Pero, ¿cómo construirlo?; ¿dónde estaba el plan?; ¿dónde el arquitecto?

Al azar, en una librería que cerca de mi escuela tenía un concejal socialista, cayó en mis manos un libro de Pestalozzi: "Cómo Gertrudis enseña a sus hijos". Me pareció

una maravilla. Aquellas cartas estaban escritas por un hombre que

valientemente confesaba sus fracasos. ¡Y qué fracasos! Los míos no eran nada comparados con aquellos. La desorganización perfecta que Pestalozzi alcanza en Stanz y en Burgdorf no creo que ha conseguido alcanzarla jamás ningún maestro por mucho que se lo haya propuesto en las llamadas escuelas nuevas. Ni el mismo Tolstoi. Dentro de ese fracaso, manteniéndolo y avivándolo lo como una llama, ¡qué espíritu genial! ¡Qué reconocimiento de la propia



Stanz a fines del siglo XVIII, según un grabado de Thomann. En primer término, a la derecha, el colegio de monjas de Santa Clara, donde Pestalozzi inauguró, en 1798, un asilo para huérfanos de guerra

limitación en la tarea! ¡Qué empeño en superar la dificultad! "Yo hubiera subido a pie a la cima de los Alpes sin agua" y sin fuego". "Yo sabía bien lo que quería, pero no lo que me faltaba". "Yo sé quién soy", diría adelantándose a nuestro don Miguel de Unamuno. Y luego resulta que la solución de las dificultades era tan elemental y tan sencilla... el huevo de Colón. Basta con poner en manos de la madre un "abecedario" para que ésta enseñe a leer a sus hijos; teniendo en cuenta los tres ejes de la formación humana: cabeza, corazón y mano. (Esto ya me parecía un poco más complejo porque la cabeza y el corazón no siempre están de acuerdo).

Por las noches, en el rincón silencioso de mi cuarto de estudio, leía yo con fruición aquellas páginas; al día siguiente, en la escuela de las

Cortes, trataba de llevar a la práctica sus teorías sin resultado alguno. Tal vez, pensé, el libro no estará bien traducido o habrá algo insospechado que convenga descubrir. Lo mejor será ir a la fuente. Visitar los lugares donde trabajó el maestro. Re construir las escenas de su gloriosa labor. En suma, trasladarse a Suiza. Dicho y hecho. En un tren de

tercera fui de los Pirineos a los Alpes y recorrí cada una de las estaciones en las que había caído aquel fracasado genial. En el camino, sin dinero y sin equipaje,

el corazón marchaba al trote, como quien va al encuentro del primer amor. Fui a Zürich. Visité el Museo Pestalozziano. Leí algunos de los manuscritos, algunas cartas, cartas de amor. Me dejé prender por aquella figura romántica. No había hecho el viaje en vano. Han pasado los años, muchos años, y aquel recuerdo vivifica en mí la experiencia entera de mi labor, teñida toda ella de aquella primera ilusión.

Fui a Neuhof en Brugg, en el cantón de Argovia. Lo que fue un día "granja nueva" se había transformado en algo en donde no quedaba la menor huella del maestro. Sin embargo, allí había hecho con su hijo Juan Jacobo los primeros ensayos de psicología infantil que se conocen. Allí se había creado el primer instituto de educación para los niños pobres. Allí las ideas de la Revolución Francesa y de los Derechos del Hombre habían tenido, por primera vez en el mundo, un intento de realización. En los contornos me contaban cómo debieron cumplirse aquellas ingenuas escenas de educación. Pestalozzi quería crear una Escuela del Trabajo. Por primera vez en la historia de la pedagogía se hace este ensayo: Pestalozzi es, en todo, un precursor. Por eso muere sin llegar a la tierra prometida.

Los alumnos, en número de cincuenta, cultivaban la tierra, hacían trabajos agrícolas, recolectaban los frutos e iban a venderlos al mercado próximo. Estamos en los años 1775-1780. Rousseau ha publicado el "Emilio" y el "Contrato Social" 1762. El trabajo de los enciclopedistas está en marcha y las ideas de la Revolución forman la circunstancia espiritual en la que los hombres viven. Por todas partes se ven visiones. Todo hombre que trabaja se siente explotado. Esto es hoy el pan nuestro de cada día; entonces era el *hecho nuevo*.

Cuando los muchachos van a vender al mercado sus productos, los vecinos les dicen que están siendo motivo de una explotación inicua por parte del patrón. (El patrón explotador es Pestalozzi; así se cuenta la historia). Y ellos no deben someterse a régimen tan injusto. Vuelven los muchachos a la granja con aire descontento y en sus palabras hay un acento de rebelión. En el

camino han perdido la fe, la fe en el maestro. Al caer de la tarde, en las noches frías de aquel clima europeo, quiere Juan Enrique, junto a la lumbre, enseñarles a leer, escribir y contar; todo inútil, prefieren permanecer en su situación miserable. Un nuevo orden económico no les salvará de la miseria, piensa Pestalozzi, porque la miseria del hombre es algo más profundo, inajenable. "La miseria es el impedimento que el hombre encuentra para salvarse a sí mismo", para salvar lo que hay en él de auténtica humanidad.

Fracasa en su empeño el maestro, Fracasa el Instituto de Educación para niños pobres. En efecto, había vivido como un mendigo para enseñar a los mendigos a vivir como hombres, mas, por lo visto, no era ése el camino. Aquellos hombres querían dejar de ser mendigos por un procedimiento más rápido, más expeditivo y, sobre todo, menos doloroso. Salir de la mendicidad trabajando no tiene gracia. Hay que dar el salto del pasiego, el salto mortal y no morir en el trance. Cuando trascurriese medio siglo ese procedimiento prodigioso estaría a la orden del día.

Había comprado Pestalozzi las tierras de aquella granja a crédito. El Banco se las arrebató y nuestro autor — autor de una utopía genial — se queda en la calle. Escribe las ideas que lenta mente habían ido germinando en su espíritu en horas de desesperación: "Leo nardo y Gertrudis", "Las veladas de un solitario", "Cristóbal y Elsa". En su fracaso económico le había sostenido con ejemplar fortaleza una sirvienta, una de esas mujeres fieles que se unen a la familia en desgracia: Elisabeth. De ella, conviene no olvidar este detalle, saca el tipo de Gertrudis, la que va a enseñar a sus hijos y puede enseñarles mejor que un maestro inteligente y preparado. Pasan 18 años. El instituto se había cerrado en 1780. En este tiempo, de inactividad para el maestro, se cumple uno de los hechos decisivos que forman época en la historia: la Revolución



Francesa. En sus años mozos Pestalozzi se había distinguido por sus ideas democráticas. Como formara con sus compañeros, al terminar los estudios, una asociación clandestina para la propagación de sus ideas, fue llevado a la cárcel. Había fundado una revista que tuvo corta vida: "Aspiraciones", cuyo nombre indica el vago propósito que la animaba. La influencia de Rousseau es demasiado evidente. Al triunfar la Revolución, Pestalozzi experimenta uno de los más altos goces de su vida. En 1792 recibe la satisfacción de que le nombren Ciudadano da Honor de Francia. Y en 1797, habiendo llegado a la madurez de su pensamiento, escribe: "Mis reflexiones acerca del curso de la Naturaleza en la evolución del género humano", ensayo que fue calificado por Herder como "un producto del genio filosófico alemán".

La Revolución, con su carácter de universalidad, se propagó a Suiza y en 1798 tuvo lugar la proclamación de la República Helvética *indivisible y unitaria*. Tenía Pestalozzi 52 años. Su fortaleza física no había comenzado a declinar. En tiende que es su deber ponerse al servicio de la Revolución, no para atizarla si no para frenarla. Sus ojos contemplaban con asombro la calidad de la masa humana llamada a gobernar el mundo. Si no se operaba en ella un proceso rápido de educación, las ideas revolucionarias estaban llamadas a fracasar. Había, pues, que educar al hombre, única manera de salvarlo. La Revolución por sí sola, enunciando leyes y proclamando derechos, no servía para crear un nuevo tipo de hombre. Sus mismas armas la hacían inerte. ¡Con qué apasionado fervor, con qué íntimo convencimiento sintió Pestalozzi la necesidad de educar al pueblo!

Hubo un lugar, Stanz, cuyos habitantes se opusieron a la nueva constitución unitaria porque era extraña a su tradición y a sus costumbres. Las tropas francesas entraron y arrasaron la ciudad. Cuatrocientos niños quedaron huérfanos, abandonados; sus padres habían muerto luchando por sus libertades. Pestalozzi pidió que lo enviaran allí para educar a aquellos niños. ¡Vuelvo a ser maestro de escuela!, decía gozoso. Inauguró su labor en un convento de monjas. Sin

maestros preparados que colaborasen con él, sin material escolar, en un local destartado, lóbrego y frío, el maestro administraba su palabra como un sacramento. No había más que su palabra, eso era todo, una palabra que para ser escuchada se convertía en grito. Los chicos saltaban por encima de las mesas en perenne rebelión porque no querían ser educados ni recibir nada del vencedor. Preferían vivir en calidad de vencidos.

Además, a un pueblo genuinamente católico le enviaban un maestro protestante — ¡y qué maestro! — que pretendiendo ensayar un nuevo método de enseñanza producía y provocaba la más terrible indisciplina. No sabía nada de nada. Él mismo decía que en veinte años no había leído un libro. Como Sócrates, hacía alarde de su ignorancia. "No sabe nada y pretende instruir a los demás". "Desprovisto de todo quiere ayudar a los desvalidos", decía la gente del pueblo. Quiso Francia someter a los rebeldes: envió un ejército y convirtió el instituto en lazareto.

Pestalozzi recogió en esta segunda experiencia un fracaso más rotundo y definitivo que en la primera. Porque aquí no se trataba de un ensayo privado si no de una escuela sostenida (mal sostenida) con fondos del Estado. Sin plan, sin método, sin poder atender a otra cosa que a las necesidades primarias de aquellos chicos, su actividad irritaba a los hombres del pueblo que acabaron por detestarlo. Con todo, su fama crecía. Las ideas que formaban el contenido *de* sus libros y que había tratado de poner en juego entre balbucesos, en un ir y venir penoso y desconcertado, eran las ideas del iluminismo alemán, por un lado, y por otro, hallaban su raíz en la crítica kantiana, como veremos más adelante. No era posible ignorar a un hombre que con tales instrumentos en la mano — imprecisos y mal manejados, cierto — hacía de la educación del pueblo su grito de combate.

Porque hasta entonces la educación había sido la educación del príncipe. El mismo Rousseau se mantiene en el plano de una posición aristocrática. Juan Jacobo no tiene más que un

solo discípulo, Emilio, y terminada su educación el maestro queda agotado para reanudar la tarea. Pestalozzi, en cambio, tiene la obsesión del pueblo, de la masa. Quiere salvarlo de la miseria, es de cir, quiere trasformarlo, hacer un hombre nuevo. Acierta en el propósito, en la emoción creadora, en el impulso inicial. Sabe bien lo que quiere — "la muerte o la consecución de mi objeto"— . Es genial en su ensueño: un ensueño romántico a tono con los días en que le toca vivir. Pero yerra total y definitivamente al pretender realizarlo. Desde su cima, desde un altozano, ve el camino, pero no acierta a poner en él su planta. Sus colaboradores, Niereeder, Smith, debieron mirarle con asombro, con estupor, al ver que no daba una vez en el clavo; que el método, su método, se le escapaba entre las manos sin dejar rastro de orientación para la marcha. Torpe en la expresión, impaciente ante la vacilación del alumno, apasionado, terco y frenético cuando no conseguía su propósito, era justamente todo lo contrario de lo que, según él, debe ser el maestro. Y sin embargo, quedaba en pie su grandeza sin par, sin que sus colaboradores acertasen a definirla ni a comprenderla. ¿Cómo es posible esta contradicción?

El ensayo de Stanz había durado, por ventura, sólo seis meses. Se le había cerrado de nuevo su campo de experimentación, precisamente en el momento en que él creía que iba a alcanzar su resultado. Pidió que se le permitiese continuar sus ensayos en otro centro cual quiera, y lo enviaron a una mísera escuelita de pueblo en Burgdorf. Siguen los tanteos en busca del método: era preciso hallar un método lógico, de carácter general — mecánico — que puesto en manos del más indocto maestro diese los resultados apetecibles. Este empeño de hallar un método que haga" posible la enseñanza no surge en la mente de



Pest
aloz
zi al
azar
ni
deri
vado

de una larga meditación filosófica, si no de un problema de carácter político (política-pedagógica) que reclama urgente solución: es éste.

Museo Pestalozziano de Zürich

El advenimiento de la democracia trae de nuevo a primer plano, como un día en Grecia, el problema de la educación. Hay que educar al pueblo para que la democracia sea posible y no se convierta en anarquía. Un hombre libre tiene que ser un hombre conscientemente formado para que pueda hacer uso de su libertad. De otro modo la libertad se convierte en la más terrible de las tiranías. Hay, pues, que educar al pueblo, a todo el pueblo. Y aunque en aquellos días fuese la masa de población europea muy inferior a la de hoy, era, con todo, lo suficientemente grande para que requiriese un gran número de maestros. ¿Cómo improvisarlos? ¿Dónde hallar los sofistas, es decir, los profesionales de la inteligencia, que acudan en número suficiente a satisfacer esta demanda? No se es ciudadano sólo por imperio de la ley: hay que merecer el título. Los griegos vieron el problema con más claridad que nadie. Lo ven también los hombres de la Ilustración, entre ellos, Pestalozzi, que renueva el problema tal y como se lo habían planteado los cínicos.

Ahora bien; cuando Pestalozzi discurre sobre este tema, que es el tema de su tiempo, no hay maestros que cumplan esta misión. Hay que capacitar a gente indocta para que enseñe al pueblo. Ello no es difícil, piensa Pestalozzi, si se pone en sus manos un método simple y eficaz. Hay que mecanizar la enseñanza si queremos tener instrucción universal tal y como la ha pedido Condorcet. Pestalozzi busca afanoso este método,

esta piedra filosofal, que convierta en diamante los cuarzos y adoquines. El 27 de junio de 1800 publica el libro que lleva este título: "El método". Es demasiado conciso y abreviado; no lo entienden sus colaboradores. Por eso se decide a ampliarlo, contando su propia personal experiencia romántica, en el que publica en 1801: "Cómo Gertrudis enseña a sus hijos".

Ya he dicho que Gertrudis era una pobre mujer que apenas sabía leer y escribir, Los hombres que rodean a Pestalozzi, hombres de formación filosófica: Krtisi, Tobler, Buss, querían ayudarlo porque era urgente hallar una solución adecuada. Y al comenzar el curso de 1799, en octubre, consiguen que les cedan el castillo de Burgdorf. Allí fundan un establecimiento, que habrá de dirigir el maestro, y será la primera escuela graduada que ha conocido el mundo. Permanece allí cuatro años. Son los años felices de Pestalozzi, los años de la fama, de la gloria. Su nombre es conocido por todos los que se dedican a estudios pedagógicos. Lo citan los filósofos. Su escuela es visitada por las más altas personalidades de Suiza y Alemania. Prusia, vencida en la guerra, pone su esperanza en instaurar un tipo de educación pestalozziana, y de todas las partes del mundo acuden a ver, en aquel castillo medieval, la maravilla de una escuela nueva. La primera escuela nueva que registran los anales de la educación. Como a todo precursor el éxito le dura poco y se le va como verdura de las eras

En 1803 Suiza vuelve a su antigua constitución cantonal. La República Unitaria Helvética desaparece y con ella Pestalozzi, que había sido su defensor y partidario. De nuevo en la calle, a solas con su destino. Y vuelta a empezar. Tiene el maestro 57 años; está enfermo y cansado, pero hay que seguir la tarea. Hasta ahora había trabajado en la región Bernesa, de idioma alemán que era el suyo. Ahora lo llaman los de Vaud y le ofrecen en Yverdon el castillo de Carlos el Atrevido. No vacila en aceptar la oferta. Lo importante era seguir siendo maestro. Nadie ha ambicionado ese cargo humilde con vocación acendrada.

Yverdon era para los maestros, en aquellos días en que yo seguía la ruta de Pestalozzi, el santuario, la Meca, el punto de peregrinación para los pocos que en el mundo han tenido, de veras (de veras y sin eufemismos), fe en la educación del hombre. El castillo era un instituto de segunda enseñanza con una escuela primaria aneja. Delante una plazuela con la estatua del precursor. En la base, unas cuantas inscripciones. En ese cantón el paisaje de Suiza pequeño, recogido, íntimo, con las montañas azules al fondo, ayuda a la evocación romántica. Trataba yo de re construir la escena final del último acto del drama pestalozziano, cuando Pestalozzi, acusado de pervertir a la juventud, es expulsado de su propia escuela en la que han trascendido los últimos veinte años de su labor.

No es posible la evocación. El maestro que dirige el instituto, muy siglo XX, no cree en el pasado ni respeta esa vieja tradición que sigue viviendo y hace posible el milagro de la fe "Todo fué pura leyenda — dice —, la verdadera historia es muy otra. Yo no sé como ha podido alcanzar tanta celebridad un hombre que era tan mal maestro" Pero en la plaza desierta, la estatua del hombre romántico, con la melena al viento, y rodeado de niños, nos dice que el maestro ha entrado en el camino de los siglos y espera, sereno, el juicio de la historia.

Archivo Histórico "Monseñor José Alumni"
Resistencia, Chaco, Argentina
La Prensa, 26 de enero de 1947

